

TRAYECTORIA INTERNACIONAL DE FRANCISCO RABAL

Por

FRANCISCO PERALES

Si existe un hombre que física e intelectualmente pueda erigirse en el prototipo del actor español, éste es sin duda alguna Francisco Rabal. Sus múltiples interpretaciones han contribuido en nuestro cine de un modo indiscutible, habiendo abordado variadísimos personajes de toda índole, desde las posiciones más diversas y las caracterizaciones más sorprendentes; pero siempre ha sido un actor fiel y consecuente con su ideología, hasta el extremo de haberse visto perjudicado por defenderla en ciertas etapas de su carrera profesional. Pero paralelamente a su carrera profesional en el cine español, ha sabido compaginar otra, menos conocida o, tal vez, podríamos decir, menos reconocida, que es su actividad internacional en el cine extranjero de habla no hispana.

El año 1954 es decisivo en la trayectoria internacional de Francisco Rabal. Es en esta fecha cuando Rafael Gil decide contratarlo, bajo la productora CIFESA, para interpretar uno de los personajes de *El beso de Judas*. Era la época en la que el cine *peplum* estaba de absoluta vigencia en todo el mundo y, mucho más, en España e Italia. Era fácil que su explotación comercial fuera de gran éxito, hasta el extremo de traspasar nuestras fronteras, y llegar a Italia, motivo por el que la etapa internacional de nuestro actor comenzara en dicho país, hecho que estaba facilitado por los recientes acuerdos sobre coproducciones internacionales que ambos países habían firmado.

Sus primeras intervenciones surgen gracias a estos acuerdos que facilitan su primera colaboración en *Revelación* (1955), dirigida por Mario Costa. Se trataba de una película mística al estilo de los años cincuenta, que partía de la adaptación de una novela titulada *Santa María*. Los resultados de

esta primera intervención internacional no fueron de la satisfacción del actor, porque estaban en desacuerdo con su ideología marxista. El sincronismo entre su trabajo y su ideología siempre ha sido consecuente y nunca ha pretendido acomodarse a otros tipos de propuestas ideológicas.

Tuvo que transcurrir un año para que el actor volviera a participar en un nuevo proyecto, *Serán hombres* (1955), de Silvio Siano. En este caso compartiría reparto con una de las estrellas de moda del cine italiano, Silvana Pampanini. A partir de entonces comenzaría a colaborar con otros directores que, aunque estaban en su etapa inicial, muy pronto alcanzarían gran notoriedad y reconocimiento por la crítica y los festivales internacionales europeos. De entre los más destacables estarían: Mauro Bolognini, quien lo reclama para *Marisa la Civerra* (1957), y que muy pronto tendría un gran triunfo de crítica y público con *La Viaccia* (1961), interpretada por Jean Paul Belmondo y Claudia Cardinale. Pero quizás, lo más importante sería que el guión estaba escrito por un joven intelectual italiano que en la década siguiente alcanzaría un gran prestigio internacional, Pier Paolo Pasolini; el otro director a destacar fue Gillo Pontecorvo, quien quiso incluirlo en el casting de su primer film *Prisionero del mar* (1957), y que en 1960 conseguiría el León de Oro del Festival de Venecia con *La batalla de Argel*. En esta ocasión compartió reparto con Ives Montand y Terence Hill, y quedó muy satisfecho de su interpretación, ya que dio vida a un pescador de ideología marxista.

Pero la trayectoria internacional de Rabal continuó en ascenso, y a partir de 1960 su participación en el cine italiano se fortalece considerablemente, puesto que su nombre es barajado en múltiples proyectos de realizadores importantes y en films que ya no tenían conexión con la industria española. Es decir, sus contratos ya no se limitan a colaborar en las coproducciones italoespañolas, sino en films de nacionalidad exclusivamente italiana.

Su primera intervención en esta segunda fase no fue muy afortunada; en *Muerte de un bandido* (1960), prestó su físico al bandolero Salvatore Giuliano. Este hecho supuso un obstáculo insalvable para interpretar el mismo personaje en el film del mismo título que preparaba Francesco Rossi. Al confirmarse su participación en el film, Rossi desistió de Rabal.

Pero esto no fue óbice para que su integración en la industria italiana se detuviese, todo lo contrario; su carácter extrovertido le permitió que conociese y entablase amistad con los profesionales del medio, desde Vittorio Gassman a Silvana Mangano, desde Claudia Cardinale a Anna Magnani;

fue precisamente en una fiesta de la gran actriz italiana donde conoció a Ornella Vanoni, quien se quedó impresionada de la presencia física del actor. Vanoni era amiga de Antonioni y conocía las exigencias del director italiano para encontrar un actor que se adecuase a Ricardo, uno de los personajes de su próximo proyecto. La actriz y cantante reconoció en Francisco Rabal el físico que encajaba en dicho personaje y no dudó en transmitirse al director de *La aventura*.

Fue, sin duda, un gran personaje y una gran película, y, aunque él no era el protagonista, formaba parte de uno de los vértices del triángulo que completaban Monica Vitti y Alain Delon. Además, trabajar con Antonioni lo convertía en un actor de elite, un privilegiado entre sus contemporáneos; Marcello Mastroianni, Jeanne Moreau, Jack Nicholson, Vanesa Redgrave, Richard Harris y los ya mencionados Monica Vitti y Alain Delon, fueron las únicas estrellas que trabajaron con un director de tal trascendencia en el cine internacional. Pero habría que añadir que Francisco Rabal trabajó a las órdenes del director italiano en uno de los films claves de su filmografía, justo es la pieza central de su singular trilogía sobre la incomunicación.

El eclipse tuvo una proyección internacional, tanto o más que *Nazarín* (1959) y *Viridiana* (1960), y aunque en la actualidad los films de Buñuel siguen siendo referentes filmicos no sólo en la obra de Francisco Rabal sino del cine



en general, frente a los films de Antonioni, que han quedado anticuados y desfasados, no cabe duda de que en el momento de su producción constituyó para nuestro actor un pasaporte que le permitiría adentrarse en el cine internacional.

Además, el personaje que interpretaba, Ricardo, estaba en consonancia con su ideología marxista, puesto que era un intelectual de izquierdas sometido por unos sentimientos de amor y dependencia hacia la protagonista del film.

Rabal es el primer actor que hace su aparición en el film, y se erige en protagonista de los primeros catorce minutos de proyección, compartiendo escena con Monica Vitti. El actor español se integra perfectamente en el universo singular de Antonioni, adoptando comportamientos alejados de su personalidad; Rabal interpreta a un hombre escueto en palabras, que se ve obligado a recurrir a los silencios, las miradas y los movimientos como los únicos recursos expresivos para dar vida a Ricardo.

El director de *La aventura* mostraba a una pareja en el final de una relación sentimental dolorosa y traumática; la protagonista apática, perdida interiormente y desorientada, rompía con Ricardo, quien, enamorado de ella intentaba resistirse a perderla. Pero el distanciamiento entre ambos es evidente visualmente desde las primeras imágenes; Antonioni recrea una puesta en escena fría y artificial en la que Mónica Vitti camina hacia atrás ampliando el espacio que la separa de Francisco Rabal.

La segunda y última aparición del actor se produce pasado el ecuador del film, y en ella se establece un mayor distanciamiento visual. La protagonista no le permite entrar en el edificio donde vive, levantando una barrera entre la pareja que ya no podrán superar ninguno de ellos. Más que personajes, parecen objetos del decorado que se mueven de un modo teledirigido. Las relaciones entre ellos son falsas, distantes e inexistentes y parecen ajenos al universo filmico al que pertenecen. Antonioni huye de la acción, la evita en todo momento e impide un argumento definido; sólo en ocasiones introduce algunos puntos de inflexión que despiertan ciertos momentos climáticos, como son la caída de la Bolsa o el robo del vehículo propiedad del protagonista masculino. La intención del director es hacer un recorrido por el universo femenino a través de un itinerario sin rumbo que no lleva a ninguna parte. En general, los movimientos de los personajes no están motivados por ninguna necesidad física ni argumental, sino por impulsos emotivos relativos a los sentimientos, hechos que alejan al film de todo signo de verosimilitud.

Con motivo del estreno de *El eclipse* en España, las estrategias comerciales de promoción diseñaron un cartel que evitase en todo momento la aparición física o textual del actor. Existía un temor generalizado en la distribuidora de transmitir la idea de que se trataba de una coproducción, y si el nombre o la imagen de Francisco Rabal aparecía en el afiche, las probabilidades a tal confusión eran muchas.

Aun con tales contratiempos, su nombre se vio beneficiado internacionalmente, hecho que se traduce en una mayor participación en proyectos internacionales, entre los que destacan: *La Rimpatriata* (1963), de Damiano Damiani, y *La bruja quemada*, de Luchino Visconti, junto a Silvana Mangano, *sketch* que formaba parte del largometraje *Las brujas* (1966), película producida por Dino de Laurentiis y hecha a la medida de la actriz italiana.

Los profesionales del cine francés, que ya conocían los trabajos de Rabal en las películas de Buñuel y en los films italianos ya mencionados, también lo reclamaron para colaborar en algunos títulos de cierta importancia. En esta etapa comparte cartel con prestigiosos actores del país vecino, como son Annie Girardot, Louis Jourdan, Anna Karina y Marie Laforet y con directores de la talla de Claude Chabrol, con quien participó en el film *Marie Chantal contra el Dr. Kha* (1965). El éxito de crítica y público de esta película fue tal, que uno de los productores más prestigiosos, George de Beauregard, le ofreció un contrato para dos años.

De este modo, el actor español se instala en París, se integra en la industria y hace amistades con los grandes nombres del cine francés. Allí hará grandes amigos como Yves Montand, Simone Signoret, Lino Ventura, Michel Piccoli e Ingrid Thulin. Del mismo modo, conocerá a intelectuales españoles en el exilio como Juan Goytisolo, Paco Ibáñez, Rafael Alberti, Jorge Semprún, Juan Marsé y su amigo Luis Buñuel. Poco a poco, irá distanciando sus colaboraciones con el cine italiano para centrarse más en sus proyectos franceses. Es a partir de 1966 cuando su actividad en este país se hace más esporádica, participando en algunas coproducciones con desigual fortuna y, en cualquier caso, con menor trascendencia. *Cervantes* (1966), de Vincent Sherman, el *Ché Guevara* (1967), de Paulo Heuch, y *Simón Bolívar* (1968), de Alejandro Blasetti, son los títulos más representativos de su etapa final.

Paralelamente, Francia lo reclama para proyectos más comprometidos; así participa en *La religiosa* (1966), de Jacques Rivette, película provocativa y escandalosa para la época en la que una monja es obligada a permanecer en el convento sin tener vocación. Pero la película más importante de

su etapa francesa es, sin duda, *Belle de Jour* (1966), tercera, y última, colaboración con el director aragonés Luis Buñuel. El film obtuvo el León de Oro del Festival Internacional de Venecia y tuvo el reconocimiento unánime de la crítica.

Pero el protagonista de *Nazarín* nunca abandonó la industria española, sino que supo combinar hábilmente su trabajo con su trayectoria internacional, aunque finalmente optó por asentarse definitivamente en su propio país. Aún así, en la década siguiente, rueda algunas películas más en Francia e Italia, pero lo hace de un modo intermitente, y los proyectos en los que participa son de escasa importancia, aunque hay una que destaca, sobre todo, por su director, Valerio Zurlini, *El desierto de los Tártaros* (1976), en la que logró trabajar al lado de un actor italiano de talla internacional: Vittorio Gassman. En realidad se trataba de una coproducción franco-italiana; es como si el actor español hubiese querido concluir su colaboración con las industrias de ambos países al mismo tiempo.

Francisco Rabal tenía un objetivo claro: recuperar el lugar que había dejado vancante cuando se alejó de la industria cinematográfica española para adentrarse más en su trayectoria internacional. Fue precisamente en estos momentos transitorios cuando, en 1975, William Friedkin, que todavía disfrutaba del enorme éxito de su último film *El exorcista* (1973), lo reclamó para que interpretase a uno de los personajes principales de la oscarizada *French Connection*. Pero el actor tenía las ideas claras y declinó el ofrecimiento en beneficio de Fernando Rey, para quien interpretar al personaje le supuso una brillante carrera internacional, en Hollywood y Europa.

Pero Friedkin, que siempre ha tenido las ideas claras, quería trabajar con nuestro actor, aunque tuvo que esperar dos años más; fue en 1977, cuando se disponía a llevar al cine un *remake* del director francés Henri-Georges Clouzot, *El salario del miedo* (1955), titulado en esta ocasión *Carga maldita*. El film no tuvo la misma fortuna comercial ni artística que su anterior película, pero a Rabal eso tampoco le importaba demasiado. Lo que verdaderamente quería era interpretar personajes que tuvieran una gran dimensión humana y social y, a ser posible, en películas españolas.

Tras algunos años difíciles en los que participó en proyectos de escasa importancia, en 1983, conseguiría sus objetivos al intervenir en *Truhanes*, de Miguel Hermoso, dando vida a un personaje que rompía con su trayectoria anterior. Desde entonces, surge una nueva etapa en la que todos los directores españoles querían contar con su presencia, desde los veteranos

como Carlos Saura y Mario Camus, hasta los jóvenes Fernando Trueba y Pedro Almodóvar; la industria española se lo disputaba y Francisco Rabal abandonó definitivamente su carrera internacional.



Para concluir, hay que reconocer que Francisco Rabal es un actor que posee un lugar significativo en el cine internacional, y las razones que avalan esta hipótesis son las de haber interpretado personajes de gran profundidad, trabajar con directores de gran prestigio y de haber participado en algunas de las películas más representativas de la Historia del Cine. Son razones más que convincentes para ocupar el lugar que le corresponde en el cine extranjero, su colaboración con Michelangelo Antonioni, Luchino Visconti y William Friedkin, por citar sólo algunos, así lo testifica; pero si, además, añadimos sus tres participaciones con Luis Buñuel, este reconocimiento internacional es un hecho incuestionable.

